

DAVID ABULAFIA

LA GUERRA DE LOS  
DOSCIENTOS AÑOS

Aragón, Anjou y la lucha por el Mediterráneo

Traducción de  
DAVID LEÓN GÓMEZ

PASADO & PRESENTE

## PRIMERA PARTE

### LOS RETOS DEL SIGLO XIII

PASADO & PRESENTE

## ÍNDICE

<i>Prólogo a la edición española</i> . . . . .	11
<i>Nota sobre estudios recientes publicados fuera de España e Italia</i> . . . . .	17
<i>Prefacio a la edición original</i> . . . . .	23

### PRIMERA PARTE Los retos del siglo XIII

1. ORÍGENES DEL REINO DE SICILIA . . . . .	31
El reclamo del sur . . . . .	31
La tierra y sus gentes . . . . .	34
El estado normando . . . . .	36
La ascensión de los Hohenstaufen . . . . .	42
Federico II . . . . .	43
La herencia de Federico en Italia . . . . .	50
Conclusión . . . . .	52
2. EL NACIMIENTO DE LA CORONA CATALANOARAGONESA . . . . .	55
La unión de Aragón y Cataluña . . . . .	55
Pedro II en el Mediodía francés . . . . .	61
Jaime el Conquistador en Mallorca . . . . .	63
Jaime el Conquistador en Valencia . . . . .	67
Jaime el Conquistador y Francia . . . . .	71
El auge de Barcelona . . . . .	75
Conclusión . . . . .	80
3. AUGE Y CAÍDA DE CARLOS DE ANJOU . . . . .	83
La búsqueda de un paladín . . . . .	83
Un imperio mediterráneo a la vuelta de la esquina . . . . .	88

Problemas internos . . . . .	91
Repercusión de la revuelta de las Vísperas . . . . .	103
Conclusión . . . . .	104
<b>4. POLÍTICA Y RELIGIÓN EN LA ERA DE RAMON LLULL . . . . .</b>	<b>107</b>
El triunfo de Pedro el Grande . . . . .	107
El legado de Pedro . . . . .	112
España y las tres religiones . . . . .	113
Ramon Llull . . . . .	119
Abraham Abulafia . . . . .	125
Conclusión . . . . .	127

## SEGUNDA PARTE

### Las crisis del siglo XIV

<b>5. EL MEDITERRÁNEO EN TIEMPOS DE JAIME II DE ARAGÓN . .</b>	<b>131</b>
El final de la guerra de las Vísperas . . . . .	131
Carlos II y la cuestión oriental . . . . .	136
Jaime el Justo, 1291-1327 . . . . .	138
La Compañía catalana en Grecia . . . . .	141
La invasión de Cerdeña . . . . .	146
La edad dorada del comercio catalán . . . . .	149
Conclusión . . . . .	152
<b>6. ROBERTO EL PRUDENTE DE NÁPOLES (1309-1343) . . . . .</b>	<b>155</b>
Enrique VII y la crisis italiana . . . . .	155
Güelfos, gibelinos y el rey Roberto . . . . .	159
La cruzada contra Sicilia . . . . .	165
El rey y los banqueros . . . . .	167
Un rey sabio: Roberto y las artes . . . . .	172
Conclusión . . . . .	176
<b>7. SICILIA Y EL SUR DE ITALIA EN UN PERÍODO TURBULENTO . .</b>	<b>178</b>
El reino insular de Sicilia en el siglo XIV . . . . .	178
El sur de Italia en tiempos de Juana I . . . . .	184
El auge de la casa de Anjou-Durazzo . . . . .	188
Conclusión . . . . .	191

8. EL OCASO DE LA CASA DE BARCELONA .....	193
Pedro el Ceremonioso (1336-1387) .....	193
Martín el Viejo. ....	202
El Compromiso de Caspe .....	206
Conclusión .....	210

### TERCERA PARTE

#### Las victorias del siglo xv

9. ALFONSO EL MAGNÁNIMO Y LA CAÍDA DE LA CASA DE ANJOU .....	215
Juana II, la «reina de paja» .....	215
Renato de Anjou .....	217
La conquista de Nápoles .....	223
La crisis catalana .....	232
Conclusión .....	238
10. ARAGÓN EN ITALIA Y ESPAÑA (1458-1494) .....	240
Ferrante de Nápoles .....	240
La recuperación aragonesa .....	250
Conclusión .....	258
11. LA INVASIÓN FRANCESA DE ITALIA (1494-1495) .....	261
Tensiones en Italia .....	261
La caída de Nápoles ante los franceses .....	268
Conclusión .....	271
<i>Conclusión general.</i> .....	273
<i>Notas</i> .....	277
<i>Bibliografía.</i> .....	309
<i>Fuentes primarias</i> .....	309
<i>Fuentes secundarias</i> .....	312
<i>Mapas.</i> .....	325
<i>Árboles genealógicos</i> .....	331
<i>Índice alfabético</i> .....	337

## ORÍGENES DEL REINO DE SICILIA

### EL RECLAMO DEL SUR

La del reino normando de Sicilia y la Italia meridional, fundada en 1130, suele tenerse por una de las monarquías más fuertes y ricas de la Europa del siglo XII. Ya en el XIII, los legisladores e insurgentes del sur de Italia apelaron al derecho del rey Guillermo II\* (muerto en 1189) como la encarnación del gobierno juicioso. La impresión de que los antiguos territorios normandos constituían una fuente de colosales riquezas y recursos militares seguía grabada a fuego en la conciencia de los conquistadores de la Baja Edad Media, como los invasores franceses Carlos de Anjou, coronado rey de Sicilia en 1266, y Carlos VIII de Valois, quien sumó el trono de Nápoles al de Francia entre 1494 y 1495. Las primeras huestes normandas se habían sentido atraídas en el siglo XI por aquella «tierra de la que manan la leche y la miel», por citar el tono bíblico empleado por sus cronistas. Estos no iban a ser los últimos en comparar la abundancia de la Italia meridional con la de la tierra antigua de los hebreos, pues se dice que Federico II (muerto en 1250) lo hizo de forma aún más directa al aseverar que su reino de Sicilia habría brindado a los hijos de Israel un hogar más opulento que la Tierra Prometida de Canaán. Semejante persistencia en las fuentes históricas de la riqueza y el florecimiento del sur de la península itálica suscita dos cuestiones importantes: en qué grado actuó como un imán para quienes tenían intenciones de conquista y hasta dónde se hallaba fundada esta reputación en una realidad sólida.

\* Siguiendo el criterio del autor en la edición original, hemos traducido la mayoría de nombres de reyes y demás personajes de poder al castellano. Sin embargo, hemos mantenido en su lengua original algunos nombres propios sobradamente conocidos cuya formulación en castellano suena a todas luces forzada. (*N. del E.*)

Benedetto Croce, gran historiador liberal italiano, trató de desenrañar en 1924 algunas de las contradicciones que presenta la historia de la región, una zona cuyos príncipes, juristas y filósofos gozaban de una estimación insuperable entre los escritores del pasado; un reino que estaba considerado el instigador precoz del ideal de «monarquía absoluta secular e ilustrada».<sup>1</sup> Tenía presentes las palabras de Jacob Burckhardt, autor suizo experto en el Renacimiento: en el Nápoles del siglo XIII, en la corte de Federico II, aparece por primera vez la idea del estado y su gobierno como «obra de arte».<sup>2</sup> Así y todo, Croce era muy consciente de que la Italia meridional se hallaba ya lejos de su época de mayor gloria, aun suponiendo que semejantes logros del pasado no fuesen míticos. Lo que habían ensalzado los mercaderes venecianos del siglo XII como reino de paz exento de salteadores había adquirido en tiempos posteriores una reputación opuesta casi de medio a medio, y los administradores eficaces e imparciales de los días de la dominación de los normandos y la dinastía Hohenstaufen habían cedido el paso a un gobierno venal y caprichoso llegado en el xv. Croce apuntaba a la falta de unidad nacional en la región estudiada, en donde, pese a la existencia, de hecho, de una entidad política dirigida desde Nápoles, su capital, se daba una gran variedad de intereses regionales —ciudades que aspiraban a obtener la autonomía, caudillos que trataban de construir grandes estados...— y no poca diversidad étnica y geográfica. Tal vez en el siglo XII hubiera reyes a los que guiase un benévolo interés por gobernar con propiedad a las muchas gentes que poblaban sus dominios, pero en el XIV, los príncipes y su burocracia se hallaban mucho más alejados de sus súbditos, separados en mayor o menor medida por las reclamaciones territoriales y gubernamentales de una nutrida nobleza feudal:

No vio la luz un solo pueblo, una sola nación. Ni siquiera existió un nombre bajo el que pudieran agruparse los distintos linajes, pues las de sicilianos, pulleses, longobardos o napolitanos eran denominaciones de carácter meramente local; los burgueses y el pueblo llano no hacían valer su voluntad, ni los señores feudales imponían la suya sino de un modo muy anárquico que no promovía el bien del Estado ... Los parlamentos, convocados muy de cuando en cuando, apenas servían para proclamar leyes o emprender campañas de recaudación destinadas a resolver alguna emergencia financiera. No existe constancia de ningún pacto de reciprocidad con el rey ni de oposición legal alguna a su gobierno.<sup>3</sup>

Aunque Croce escribía imbuido por un espíritu de idealismo político, sigue sin ser fácil escapar a algunos de los problemas que planteó, entre los que destaca la decadencia de un sistema bien articulado de gobierno que han identificado los historiadores en la Sicilia normanda y la Italia meridional del siglo XII y que desembocó en los trastornos sufridos por la Italia angevina solo dos siglos más tarde, cuando se desmoronó buena parte de la estructura de gobierno normanda. Por lo tanto, también los reyes del XII, cuyos alardes de riqueza despertaron, sin lugar a dudas, muchas envidias, se vieron sucedidos por monarcas relativamente empobrecidos que trataron de superar sus dificultades financieras mediante préstamos colosales obtenidos de banqueros internacionales. No es difícil exagerar estos contrastes, y no debería darse por supuesto que los reyes de la Italia meridional perdieron la influencia bien asentada que ejercían en la política italiana y mediterránea: intentaron sostener las glorias pasadas por todos los medios, a menudo a una escala nunca vista. Sin embargo, tal cosa no resultaba barata, y las tensiones de las crisis gubernamentales y las rebeliones hicieron que en el siglo XIII costara más llevar la vida majestuosa de un monarca del XII.

Cuando Croce hablaba de decadencia no se refería a una disminución de su relevancia internacional: los reyes de la Italia meridional del siglo XIII participaron de forma activa en la política imperial de Alemania y el norte de Italia, aun después de la muerte de Federico II, en los planes de reconquista del imperio de Constantinopla y en las cruzadas destinadas a recobrar el reino de Jerusalén, a fin de obtener y mantener su supremacía en la región septentrional de la península itálica, bien en asociación con el papado y sus aliados güelfos, bien como oponentes. Aunque Federico II promulgó sus *Constituciones de Melfi* para el reino de Sicilia, en dicho código de leyes se vanagloriaba de su condición de emperador del Sacro Imperio Romano, rey de Jerusalén y soberano de Arlés. Carlos I de Anjou tenía entre otros títulos a su muerte, ocurrida en 1285, el de monarca de Jerusalén, Sicilia y Albania y el de conde de la Provenza y el Piemonte.<sup>4</sup> No obstante, fue la conquista del reino de Sicilia y el sur de Italia lo que valió a Carlos y a sus herederos buena parte de la influencia de que gozaban en el Mediterráneo. Se hace, por tanto, necesario analizar los orígenes y recursos del estado que poseía en aquella región.

## LA TIERRA Y SUS GENTES

Los territorios que conquistaron los normandos y sus sucesores carecían de unidad geográfica o política. Las extensas costas marítimas brindaban el mejor medio para trasladarse de una región a otra, pues la Italia meridional posee áreas montañosas de consideración y no tiene grandes mesetas interiores. Tierra adentro apenas hay ciudades importantes, a excepción de Melfi, Venosa y el enclave papal de Benevento. Los asentamientos se han centrado siempre en el litoral. La llanura que rodea a Nápoles debe su fertilidad a la lava del Vesubio, que suma no pocos beneficios a su poder destructivo. En 1300, esta última se contaba entre las mayores ciudades de Italia y era el foco más importante de población del sur de la península. Palermo también era grande en comparación con las ciudades de Europa y acaparaba una porción nada desdeñable de los víveres de Sicilia. Ambas debieron de rondar los veinticinco mil habitantes, cantidad que solo pudieron exceder con creces unas cuantas de las del norte —en particular Florencia, Génova, Milán y Venecia— en torno a 1300. Los asentamientos de mercaderes presentes en la costa del Tirreno —Gaeta, Amalfi, Salerno, etc.— también contribuyeron a la importancia de esta región relativamente pequeña. En cambio, Calabria, la rocosa punta de la Bota, gozaba de una población mucho menor y no tenía ciudad costera alguna que pudiera competir con la bahía de Nápoles. En el litoral oriental del sur de Italia hallamos llanuras prolongadas y bajas ricas en vino, cereal y aceite de oliva que se extienden de la falda de los Apeninos hasta el mar, y a lo largo de este existía una larga hilera de ciudades, célebres algunas como nudos importantes de transporte marítimo, empleado en gran medida por peregrinos: Bari, Barletta, Trani... Entre los centros interiores de relieve se incluían Foggia, sede administrativa de Federico II, y el asentamiento musulmán de Lucera, fundado por bizantinos. El interior de esta región (conocida como Capitanata) floreció a comienzos del siglo XIII como fuente de grano de calidad para la exportación. La parte más septentrional de este litoral, sin embargo, se hallaba menos poblada y lindaba con las regiones agrestes de los Abruzos y Molise, morada aún de osos y lobos. La ciudad de L'Aquila («el águila»), fundada en el siglo XIII, encarnaba el papel sensible de la región en calidad de zona de defensa de la frontera. No lejos de ella se encontraba el municipio papal de Rieti, y, de hecho, la autoridad de sus obispos se extendía a uno y otro lado de la divisoria del reino italiano meri-

dional.<sup>5</sup> Por último, la isla de Sicilia, generosa en tierras altas de cereal, sobre todo en su área occidental, siguió conservando en la Baja Edad Media parte del exotismo que le confería su pasado árabe. El litoral era célebre por la exuberancia de sus huertos. El cultivo de la caña de azúcar y otros alimentos «orientales», aún vigente en el período normando, se hallaba en decadencia en el reinado de Federico II, y pese a los intentos de este, no se recuperó sino hasta el siglo xv. La economía era más diversa en el nordeste de Sicilia, en torno a Mesina, en donde proliferaban la producción vinícola y la industria textil.<sup>6</sup>

Los conquistadores del sur de Italia se vieron atraídos en mayor medida por la reputación de las tierras codiciadas que por conocer con exactitud su condición. Aunque sabían que quienes gobernaban Sicilia y la región meridional de la península poseían riquezas excepcionales, y bien podían haber oído que la fuente de estas se encontraba en los gravámenes al comercio y en la eficacia con la que recaudaba la administración real los tributos que exigía, es más probable que quienes ansiaban invadir la zona se dejaran seducir por la contemplación del oro y la seda sicilianos o por las noticias relativas al tamaño de Palermo y Nápoles —y de la opulencia que suponían que debía de llevar aparejado— que por los relatos referentes a las sacas de cereal. Si ganaron sus guerras, fue la experiencia del gobierno lo que les enseñó la realidad de la geografía y los recursos del sur.

La historia del Mediterráneo de la Baja Edad Media quedó configurada de un modo significativo por los acontecimientos ocurridos en la Italia meridional durante los siglos xi y xii. Antes del año 1000, la región estaba dividida en muchos sentidos: se daban en ella dinastías locales que ejercían su autoridad sobre una población de católicos occidentales de habla italiana en los centros de comercio pequeños, aunque prósperos, de la Campania —Amalfi y Gaeta, por ejemplo— y en el ducado de Nápoles. En el interior había territorios de gran amplitud sometidos a príncipes descendientes de los conquistadores lombardos de la Alta Edad Media; de cuando en cuando, estos prestaban lealtad al emperador bizantino, cuyo trono se hallaba a una distancia considerable de allí —en Constantinopla— y cuyo poder resultaba lo bastante remoto para suscitar escasa preocupación acerca de un restablecimiento serio de su dominación en toda la Italia meridional.<sup>7</sup> Sin embargo, el sureste —Apulia— se encontraba a las órdenes de los gobernantes bizantinos, y otro tanto cabía decir, de forma ocasional, de Calabria, la punta de la Bota. Ambas áreas conservaron a lo largo de la Edad Media

una población nada desdeñable de gentes de habla griega, de la que hoy no sobreviven sino restos insignificantes.<sup>8</sup> En Apulia, como, de hecho, en casi todas las ciudades meridionales, vivía asimismo una comunidad judía que pudo representar el 5 por ciento de toda la población y que se hallaba bien integrada en la sociedad, gracias, en gran medida, a su intensa entrega a la producción textil.<sup>9</sup>

En la isla de Sicilia, en cambio, abundaban los griegos (que debían de constituir el 40 por 100 del total de la población en torno al año 1000) y había un número significativo de judíos, en tanto que se hallaban casi ausentes los latinos o «italianos». La mayoría estaba constituida por la comunidad mahometana de lengua árabe. Algunos de cuantos la conformaban descendían de los que en otro tiempo habían abrazado el islam tras las invasiones musulmanas del siglo IX; otros, de árabes y beréberes del África septentrional, y el resto estaba conformado por colonos muy recientes llegados de regiones tan remotas como Persia o el Yemen, que habían aprovechado la prosperidad de aquella isla, situada a lo largo de las principales rutas comerciales del mundo islámico, para fijar su residencia en grandes ciudades como la que llamaban Balarm (Palermo) o, de forma más generalizada, al-Madina Siqilliya («la Ciudad de Sicilia») simplemente.

## EL ESTADO NORMANDO

La conquista normanda de estos territorios no fue el resultado de un plan general destinado a someter la región y transformarla en un reino único. De hecho, esta aún habría de mantener durante mucho tiempo su diversidad en cuanto a lengua, religión y estructura social se refiere. La invasión llevada a cabo en el siglo XI revela, más bien, cómo un grupo reducido de mercenarios extranjeros llegados por primera vez a principios de siglo pudo hacerse valioso para las facciones contendientes de la Italia meridional —bizantinos y lombardos— hasta el extremo de introducirse en la estructura de mando en calidad de señores territoriales recompensados por lo destacado de sus servicios. Con el tiempo, acaudillados por Roberto Guiscardo (muerto en 1085), se hicieron con el dominio de la provincia bizantina de Apulia y comenzaron a consolidar su presencia en el sur. En la década de 1060, se vieron capaces de responder a la llamada de auxilio de Sicilia, desesperada por

acabar con las luchas intestinas de la isla, que acabaron por tomar para ellos gracias a la vigorosa autoridad del hermano de Roberto Guiscardo: Roger (o Rogelio) I, primer conde de Sicilia. Aquel, por su parte, se centró en la defensa de sus intereses en Apulia frente al emperador bizantino, cuyos derechos en la región había usurpado, y encabezó campañas enérgicas en los Balcanes, en donde atacó Durazzo (o Dirraquio, la actual ciudad albanesa de Durrës) y la isla griega de Corfú.<sup>10</sup>

A comienzos del siglo XII existían, de hecho, tres unidades políticas normandas de relieve en el sur de Italia: Apulia y las tierras contiguas, gobernadas por los herederos de Guiscardo; Sicilia y Calabria, dependientes en teoría de Apulia, aunque florecían bajo el reinado de Roger I y sus herederos, y un tercer microestado, el principado de Capua, sometido a otro grupo de normandos. Tras fracasar en su intento de ser reconocido ya por el emperador bizantino —cosa de la que no cabe sorprenderse—, ya por el alemán —quien tenía sus propias ambiciones en Italia, y no eran modestas—, Guiscardo y Roger I estrecharon lazos con el tercero de los aspirantes a la autoridad universal, el papa, quien aceptó de buen grado el vasallaje del primero en 1059. Aunque resultaron ser súbditos díscolos, los normandos proporcionaron también una protección valiosa en momentos de peligro, como lo fue la amarga lucha que sostuvo Gregorio VII con el rey germano Enrique IV —si bien la hospitalidad que brindaron a Gregorio en 1084 quedó arruinada hasta extremos crueles con el saqueo de Roma durante las mismas fechas—. Más tarde, sin menoscabo de la dependencia formal del conde de Sicilia respecto del duque normando de Apulia, todo apunta a que el papa Urbano II otorgó en 1098 una posición especial a Roger I de Sicilia, a quien concedió el control cotidiano de la Iglesia en la isla con la esperanza de que los normandos organizarían en ella la primera estructura eclesiástica latina y defenderían aquella región frente a la amenaza del resurgimiento islámico.<sup>11</sup>

Los derechos de que gozaba el papado en el sur de Italia y Sicilia pueden, pues, expresarse como una aspiración declarada a la autoridad pontificia soberana sobre toda la región, que constituía una porción separada del Patrimonio de San Pedro y estaba administrada en nombre del pontífice por sus agentes normandos. Aun así, en esta área, el rey normando de Sicilia conservaba poderes especiales de supervisión sobre la Iglesia que, en determinados aspectos, servían como contrapartida a la delicada circunstancia de gobernar lo que técnicamente formaba parte de una provincia papal. Además, ni el emperador germano

ni el griego tenían demasiadas intenciones de reconocer que el santo padre poseía tales derechos sobre la Italia meridional y Sicilia, y siguieron reclamándolos para sí como parte integral —aunque perdida— del antiguo Imperio romano que, a decir de cada uno, les pertenecía. Dicho de otro modo: la región se encontraba en el punto en el que más próximos se hallaban el Imperio romano de Oriente y el de Occidente, y quienes reinaban en el sur de la península itálica tenían que andarse con no poco tiento a la hora de actuar a fin de mantener su autonomía frente a rivales tan poderosos. La búsqueda de autoridad por parte del papado revistió, en sí, una importancia fundamental para la historia política del reino de Sicilia.<sup>12</sup>

La debilidad del ducado de Apulia a principios del siglo XII brindó a Roger II, conde de Sicilia, la ocasión de absorber las tierras que había conquistado en otro tiempo su difunto tío Roberto Guiscardo y de unificar los dominios normandos atrayendo aun a los príncipes de Capua, que en un primer momento se mostraron en extremo renuentes. En 1130, aprovechando un cisma pontificio, Roger obtuvo del papa Anacleto II, desesperado por conseguir su apoyo, la promesa de que lo coronaría después de que sus barones le rogasen —a instancia suya, claro está— que se erigiera en rey de todos ellos. En consecuencia, no llegó a quedar claro si la entidad constitutiva había sido el santo padre o la asamblea de nobles, y la situación no hizo sino complicarse cuando un papa posterior vaciló a la hora de reconocer a Guillermo, el hijo de Roger, como rey a la muerte de su padre, ocurrida en 1154. Los derechos de sucesión también constituyeron un problema: en 1189, la defunción de Guillermo II planteó la duda de si los patricios podían o no hacer caso omiso de las facultades que se suponían a sus herederos, pues ninguno de ellos estaba demasiado dispuesto a otorgar el trono alemán al esposo de Constanza de Altavilla (o Hauteville), hija de Roger II. En este caso, la opinión del papa coincidía con la de los nobles, pues todos temían las consecuencias que podía llevar aparejadas el hecho de permitir que la corona germana dominase no solo su territorio de origen y el norte de Italia, sino también el sur de esta y Sicilia. Semejante acumulación de poder iba a suponer el fin de la autonomía del papado en Italia central.

Estando en el trono Roger II y sus herederos Guillermo el Malo y Guillermo el Bueno, los reyes de Sicilia adaptaron los sistemas burocráticos griego y árabe existentes en dicha isla y en la Italia meridional, emplearon a administradores profesionales de gran competencia de

dentro y fuera de aquellas tierras y desarrollaron un funcionariado políglota capaz de satisfacer las necesidades de la monarquía y comunicarse asimismo con los súbditos del rey.<sup>13</sup> La justicia se impartía de forma eficaz en provincias extensas (en tiempos de Roger II quedaron sometidas definitivamente a los normandos diversas partes de la Italia central, los Abruzos y Molise), y las tensiones entre musulmanes, griegos y latinos se vieron refrenadas cuando menos durante el reinado de Roger II. Durante el reinado de los dos Guillemos, los burócratas fueron perdiendo poder y la nobleza latina adquirió una influencia creciente en la corte; los administradores mahometanos y aun los griegos se vieron empujados a la periferia, y se atrajo al reino a miles de colonos italianos mediante una campaña emprendida ya en tiempos de Roger I en Sicilia.<sup>14</sup> Cabe hacer hincapié en que el «reino normando de Sicilia» no tenía gran cosa de «normando», por nutrida que fuera la variedad de hidalgos de dicho origen que fueron a contraer matrimonio con la nobleza lombarda local de la Italia meridional. Su estructura administrativa no debía a aquellas gentes mucho más que las costumbres locales; lejos de crear una «estructura feudal», se habían limitado a fundirse con la que ya estaba implantada en la región. Quienes defienden la existencia de una marcada identidad normanda tienden a apoyar sus tesis con el argumento (¡menudo argumento!) de que una de las características más relevantes de dicho pueblo era precisamente la facilidad con que se asimilaba a la sociedad que los rodeaba.<sup>15</sup> A finales del siglo XII se revivió la memoria de una herencia normanda común a fin de estimular las relaciones diplomáticas con la monarquía inglesa, que a esas alturas tampoco tenía mucho de normando. Aunque la dinastía que gobernaba en Sicilia sí poseía tal origen, sería quizá caer en la exageración afirmar que en palacio se hablaba mucho el francés de Normandía. La madre de Roger II había nacido en el norte de Italia, y tanto él como sus cortesanos debían de saber griego, árabe y algo de italiano.

Los espléndidos mosaicos bizantinos de las grandes iglesias de Palermo y Cefalú, los intrincados techos de la capilla palatina de Palermo, las ocasionales inscripciones políglotas, la proliferación de traducciones de obras filosóficas y científicas de la Grecia antigua y la obsequiosa poesía y los escritos de investigación de los musulmanes que visitaban la corte real han creado en la conciencia de los observadores posteriores la preciosa imagen de un «reino al sol» en el que se crearon valores extraordinarios, casi excepcionales en la Europa del

siglo XII, de tolerancia y confianza mutua con independencia de las barreras religiosas y étnicas.<sup>16</sup> Semejante representación dice más de los nobles sentimientos de sus artífices que de la realidad. Los no latinos no podían aspirar ni siquiera en la corte a influir de un modo notable en las decisiones de Roger II, quien desplegaba un gran talento a la hora de manipular a sus súbditos y ansiaba ganarse el favor de la mayoría musulmana de Sicilia, sabedor de que, de lo contrario, no tendría esperanza alguna de hacer de su reino una realidad. Asimismo, apreciaba los dones administrativos y culturales de griegos y árabes, y, sin embargo, tenía la intención última de convertirse a ojos de todos en un rey a la manera occidental frente a la población latina, un *basileus* a la bizantina ante los griegos y un sultán para con los mahometanos. Su mayor logro radicaba en este talento a la hora de serlo todo para todos, o por mejor decir, de presentar la imagen correcta ante la gente adecuada.<sup>17</sup>

Las ambiciosas aventuras extranjeras emprendidas en tiempos de los normandos prefiguraron las expediciones a África, los Balcanes y otros lugares en que se embarcarían más adelante los reyes sicilianos. En la década de 1140, Roger logró hacerse con el dominio de varias ciudades de importancia en la costa africana que se extendía ante sus tierras, incluidas Trípoli y Mahdía, escala final de las rutas de oro transaharianas. Este «reino de África» se perdió en tiempos de Guillermo el Malo, que debió a tal hecho parte de su impopularidad.<sup>18</sup> Aunque, como veremos, el sueño de subyugar el litoral vecino africano no desapareció en siglos posteriores, Guillermo II, el Bueno, optó por seguir los pasos de Roberto Guiscardo y Roger II al invadir el Imperio bizantino. Durante una arrojada campaña emprendida en 1185 tomó Durazzo y Tesalónica, y todo apunta a que estaba resuelto a conquistar Constantinopla.<sup>19</sup> Aun así, fueron raras las veces que la colosal flota siciliana obtuvo las victorias que deseaba el rey Guillermo, tanto en Alejandría y Tierra Santa como en Mallorca, sometida a ataques infructuosos entre 1181 y 1182. Su mayor logro consistió, más bien, en crear un cordón de seguridad en torno al reino, que, sin embargo, no impidió a los ambiciosos monarcas germanos, decididos a gobernar en el sur de Italia, penetrar de forma reiterada en la región: el emperador Lotario se enfrentó a Roger II, y Federico Barbarroja, a Guillermo II, antes de que Enrique VI lograra al fin conquistarla en 1194 en nombre de Constanza, su esposa normanda.

Si bien el poderío marítimo fue uno de los grandes puntos fuertes de la Sicilia normanda, no faltaron aspirantes vigorosos a la hegem-

nía en las aguas mediterráneas, como, en particular, las flotas de las pujantes repúblicas cristianas de Génova, Pisa y Venecia. Uno de los aspectos notables de la historia de aquel reinado es el de la intrusión gradual de los mercaderes de dichas ciudades en la vida económica de Sicilia y la Italia meridional tras los tratados suscritos con los monarcas normandos que pretendían evitar la unión de las flotas del norte de la península con los enemigos del rey.<sup>20</sup> En 1156 se concedió, por ende, a los genoveses un privilegio en particular generoso que tenía por fin el de disuadirlos de entrar en alianza con los emperadores de Occidente y Bizancio y que incluía exenciones fiscales y derechos de acceso al trigo, el algodón y otros bienes producidos en Sicilia. Tal cosa supuso el inicio de un proceso lento por el que el comercio de la Sicilia normanda se fue alejando de forma gradual de sus socios tradicionales del norte de África en favor de la Europa latina. El cambio estuvo acompañado por la inmigración de colonos procedentes de los alrededores de Génova y formó parte, por lo tanto, de la latinización que, a escala más amplia, se estaba produciendo en Sicilia. Aunque los mercaderes del norte de Italia no lograron asegurar una presencia inamovible en la economía siciliana (de hecho, los genoveses tuvieron desavenencias con Guillermo I pocos años después del acuerdo mencionado), la adquisición del trigo de la isla revistió una importancia considerable para las ciudades del norte de Italia, que obtuvieron así los medios necesarios para crecer aún más en población y producción. A lo largo de la Baja Edad Media y los años precedentes, la relación entre los comerciantes de la región septentrional de la península y los gobernantes de la zona meridional y de Sicilia revistió una relevancia crucial en la economía y la política del mundo mediterráneo. Si algunos estudiosos han sostenido que dicha correspondencia tuvo un influjo de primer orden en las estructuras económicas que se desarrollaron en el interior de la propia Sicilia, no faltan quienes hayan restado importancia a este hecho. De cualquier modo, sin embargo, es imposible negar que tuvo grandísimas repercusiones políticas y comerciales en los palacios de la ciudad y los puertos de los municipios marítimos del norte de Italia.<sup>21</sup>